

te de las sumas reunidas para el salario de las tropas, y para emplearlas en compras de trigo de éxito dudoso, por manera que la dispersión de los caudales precedió al servicio anunciado, y así en vez de víveres no envió al ejército de Portugal más que promesas muy calurosas.

No viendo Massena llegar nada al cabo de algunos días de espera en la frontera de Castilla la Vieja; recibiendo al propio tiempo de Reynier y de varios de sus lugartenientes detalles poco tranquilizadores sobre los recursos que podían prometerse en Extremadura; viendo mermarse las provisiones de Ciudad Rodrigo y de Almeida con tal rapidez que se corría peligro de alejarse de estas plazas; no pudiéndose vivir allí más de tres ó cuatro semanas, si las llegaba á bloquear el enemigo; viendo sus escuadrones y su artillería sin caballos, y los espíritus más exasperados de día en día contra la idea de lanzarse á una nueva campaña á orillas del Tajo, renunció, en fin, Massena al proyecto que, desde la pérdida sucesiva de las líneas del Mondego y del Alba, fué el único alivio de sus pesares. Ya no tenía arbitrio para disimular esta retirada dolorosa, ni para darle otro significado trasladándose sobre Alcántara: fuerza era confesar que después de una marcha atrevida hacia Lisboa, después de una obstinada mansión de seis meses junto al Tajo, se había visto obligado, ni más ni menos que los dos ejércitos que avanzaron á Portugal anteriormente, á evacuar esta comarca tan poco favorable á las armas francesas.

Al punto despachó Massena á París un oficial de su confianza para que informara á Napoleón de los sucesos de la retirada, de las causas que le estorbaron establecerse junto al Mondego, de las que impedían su nueva marcha sobre el Tajo y de las lamentables escenas que entre él y el mariscal Ney habían ocurrido. Este oficial debía solicitar socorros, órdenes y, en fin, todo lo necesario para abrir de nuevo y sin demora la campaña. Agobiado de fatiga este veterano ilustre, acibarado de amarguras, conservaba tanta firmeza y resolución que no parecía que experimentara ningún contratiempo. Medios de obrar pedía, y no descanso. Aún no había recibido respuesta á la misión del general Foy que debía explicar el movimiento del Tajo al Mondego.

Al mismo tiempo hizo que el ejército entrara en Castilla la Vieja. Distribuyólo entre Almeida, Salamanca, Ciudad Rodrigo y Zamora, en acantonamientos donde pudiera rehacerse, y en seguida se dirigió personalmente á Salamanca, para ver de imprimir con su presencia alguna actividad á la administración de las tropas. Acercándose esperaba obtener algo de la inquieta actividad del mariscal Bessieres, que no cesaba de llamarse su lugarteniente muy afecto y muy sumiso.

Durante la retirada cuya relación acaba de leerse, continuó y terminó el mariscal Soult el sitio de Badajoz, conducido con grande lentitud al principio y con notable celeridad en los últimos días. Ya el 11 de febrero apoderóse del fuerte de Pardaleras, y dueño así de este punto de apoyo tan próximo al recinto, no había aún llegado á principios de marzo al borde del foso, adonde, según las reglas del arte y atendida la fuerza de la plaza y de la guarnición, se debiera de haber estado al cabo de una semana. Verdad es que la batalla del Gévora se dió durante este intervalo; mas según el dia-

rio del sitio, no distrajo á las tropas más que tres días, y ni aun hubo de resultas que suspender los trabajos, aun cuando se aflojara algo en ellos. Si se empleara el tiempo en el sitio de Badajoz como en los demás sitios ejecutados en España, si se tomara la plaza á los doce ó quince días de poseer el fuerte de Pardaleras, el ejército de Andalucía quedara libre del 23 al 26 de febrero, y el socorro pedido por Massena, ordenado por Napoleón, pudiera llegar en tiempo oportuno, puesto que el mariscal no abandonó las márgenes del río Tajo hasta el 7 de marzo (1). A la verdad siempre quedaba el pe-

(1) En su obra sobre diversos sitios de Badajoz expresa el general Lamare la opinión siguiente:

«En las proezas de los sitiadores no dejamos de hallar también faltas, y la franqueza con que vamos á exponerlas justificará los elogios que acabamos de tributarles.

»Sin embargo, no tenemos el designio de entrar en un examen detallado de cuantas fueron cometidas, pues para hacerlo habría que seguir los ataques día por día y que redactar, digámoslo así, una relación nueva; nos limitaremos de consiguiente á determinar las que nos parecen de más bulto.

»Véase aquí su exposición en pocas palabras. Ante todo la causa principal de prolongarse tanto el sitio, procede de haberse elegido mal el punto de ataque por el centro. El general Cery se hubiera debido aprovechar de la ventaja que ofrecía la posición saliente del bastión, cuyo revestimiento, visto en parte desde el campo, no tenía á la sazón más que un simple camino cubierto para protegerle, y dirigir rápidamente contra este bastión un ataque vigoroso y caminar en derechura hasta los glacis, de manera de coronar el camino cubierto en menos de ocho días. Durante esta operación se debiera de haber dirigido un segundo ataque hacia Pardaleras, para apagar los fuegos de este fuerte y tomarlo á viva fuerza.

»En esta hipótesis las reglas del arte le obligaban á abrir la primera paralela á quinientos ó seiscientos metros de los frentes y del fuerte de Pardaleras, apoyando firmemente con buenos reductos la izquierda de la paralela en el Guadiana y la derecha en Calamón.

»Bien se concibe que este plan de ataque hubiera sido preferible al que fué adoptado y que verosíblemente ahorrara mucho tiempo y no poca gente ni escasas municiones, sacándose partido de las ventajas que presentaba.

»Aun cuando la defensa de los españoles fué denodada; aun cuando el rigor de la estación, las lluvias continuas, las inundaciones que sumergían nuestras trincheras, la falta de víveres, la llegada de Mendizábal, las multiplicadas salidas, la batalla del Gévora y el escaso número de operarios contrariaron y retardaron las operaciones del sitio, debemos decir, sin embargo, que, además de las faltas cometidas en la dirección de los ataques, tanto por parte de los ingenieros como de la artillería, el sitio de Badajoz fué conducido muy lentamente y que por lo menos perdió el ejército ocho días delante de esta plaza; tiempo precioso que hubiera permitido al duque de Dalmacia acercarse á las orillas del Tajo, y cambiar la serie de desgracias que siguieron la retirada del ejército de Portugal.»

(Relación de los sitios y defensas de Badajoz, de Olivenza y de Campomayor, en 1811 y 1812, por las tropas francesas del ejército del Mediodía en España á las órdenes del mariscal duque de Dalmacia, por el general Lamare. París, 1837, págs. 82 y 83.)

La opinión de Napoleón es diversa, aunque en igual sentido, y creía que se hubiera debido poseer á Badajoz en todo enero, verdad es que tomando de más arriba las operaciones y suponiendo que el mariscal Soult hubiera partido mucho antes de Sevilla para Extremadura.

Véase la carta que escribía con este motivo:

«Al mayor general.

»París, 5 de febrero de 1811.

»...Escribid al duque de Istria para anunciarle, enviándole el *Monitor*, que en él hallará las últimas noticias que tenemos de Portugal y que deben de ser del 13, que al parecer todo toma un

ligo de alejarse de Andalucía para engolfarse en Portugal, peligro menor cien veces, á pesar de todo, que el que se correría, cuando desembarcados los ingleses del mariscal Massena, se pudieran arrojar sobre el mariscal Soult en masa.

Sea como quiera, el 3 ó 4 de marzo apenas se tocaba al borde del foso. Al llegar allí se distinguió que los sitiados levantaban trincheras en lo interior de los bastiones, de modo que tomado cada uno de ellos tenía detrás donde resistir á los que dieran el asalto. De resultas se apresuraron á cambiar la dirección de la batería de brecha y á dirigirla contra la cortina ó muro que une entre sí los bastiones, de manera que, dado el asalto, se hallaran en lo interior de la plaza. Según se aproximaban al recinto, los fuegos de los españoles, más convergentes al mismo punto y más fáciles de dirigir, eran de una violencia extremada, derribaban las cabezas de zapas, hacían caer los espolones en las trincheras y mataban ó herían cotidianamente de cincuenta á sesenta hombres. Pero las noticias llegadas de diversas partes imponían el deber de superar todos los tropiezos. Unas procedentes de Andalucía aseguraban que el mariscal Víctor se hallaba en el mayor peligro; que un ejército formado delante de Gibraltar con tropas inglesas y españolas, sacadas de Sicilia, de Gibraltar, de Cádiz, marchaba en su contra, y que no les podía oponer más que de siete á ocho mil hombres; que el general Sebastiani, en vez de estar siempre en proporción de socorrer al mariscal Víctor, había dirigido sus principales fuerzas hacia el reino de Murcia, y que por tanto se corría el peligro de ver el sitio de Cádiz levantado y el inmenso material, juntado para este asedio, destruído.

Otras noticias, traídas de las cercanías de Lisboa, anunciaban que los ingleses hacían un movimiento sobre las plazas de Extremadura; que ya habían asomado delante de Elvas mil hombres, y que un ejército inglés, probablemente el de lord Wellington, se adelantaba con objeto de interrumpir el sitio de Badajoz; lo cual, de acuerdo con otros rumores, daba lugar á creer que al fin el mariscal Massena se había visto en la necesidad de retirarse del Tajo al Mondego ó al Coa. Así amenazaba la próxima derrota del mariscal Víctor, el levantamiento del sitio de Cádiz y aun quizá la aparición del ejército inglés, que no teniendo ya que habérselas con el mariscal Massena, tornara sus fuerzas contra el mariscal Soult, que bajo los muros de Badajoz estaba reducido á quince ó diez y seis mil hombres. Este era el primer castigo de la falta cometida en no juntar bajo Cádiz á los cuerpos primero y cuarto y en no acelerar el sitio de Badajoz para marchar con el quinto hacia

colorido ventajoso; que si Badajoz ha sido tomada en el curso de enero, el duque de Dalmacia ha podido trasladarse al Tajo y facilitar al príncipe de Essling la construcción del puente.

»De consiguiente, es importantísimo efectuar las providencias que he prescrito, para que el general Drouet se pueda hallar completamente á disposición del príncipe de Essling con sus dos divisiones.

»Escribid al mismo tiempo al duque de Dalmacia para enterarle de la situación del duque de Istria y para reiterarle la orden de ayudar al príncipe de Essling en su paso del Tajo; que espero que en Badajoz se haya tomado en el curso de enero, y que antes del 20 del propio mes haya verificado su incorporación al príncipe de Essling junto al Tajo; que si es menester puede retirar las tropas del sexto cuerpo; que, en fin, todo está sobre el Tajo. (N. del A.)

Abrantes. Ya fuera imputable la falta al estado mayor de París por haber coordinado mal el conjunto de los movimientos, ya al estado mayor de Andalucía por haber ejecutado mal las órdenes de París, como sucede á menudo en la guerra, en que tan ejecutiva es la justicia del resultado, se hacían sentir cruelmente las consecuencias de haber incurrido en tal falta.

Al recibir estas noticias trasladóse el mariscal Soult á las trincheras acompañado del mariscal Mortier y de los principales oficiales de ingenieros y de artillería. Declaróles que quería estar dentro de Badajoz en el término de cuarenta y ocho horas. Se anunciaba que al día siguiente estaría pronta la batería de brecha y que al cabo de poco tiempo habría derribado la cortina, haciendo posible el asalto. Mas contradiciendo el general de artillería, según costumbre, al de ingenieros, pretendió que la batería de brecha se expondría á encontrar la cima de la contraescarpa, y que entonces no profundizaría lo bastante para llegar al pie del muro que se trataba de echar abajo, y así podría muy bien no ser practicable la brecha. Dos días hubieran sido menester para llegar por un ramal á la contraescarpa y demoler su cima. Con este motivo se empeñó una disputa entre las armas de artillería y de ingenieros, y la cortó el mariscal Soult diciendo que se iría á derribar á mano la cima del muro de la contraescarpa. Los oficiales de los ingenieros sustentaron que era imposible ejecutar semejante obra al descubierto bajo los fuegos de la plaza; pero aguijoneado el mariscal por las noticias recibidas, no admitió las objeciones, y determinó que aquella misma noche un destacamento de soldados de ingenieros, cubriéndose con las tinieblas á falta de otra cosa, fuera á derribar una porción del muro con el fin de que la boca de los cañones pudiera así entrañar más en el foso. Para sacrificar de esta manera la vida de los hombres por ir más de prisa, valiera más haberlo practicado ocho días antes.

Separáronse para proceder á la ejecución de la orden dada. Un oficial de ingenieros, el capitán Guillet, puso en llevarla á cabo el orgullo que militares valerosos dedican á veces á hacer resaltar, aun á costa de su sangre, los errores de sus caudillos. A media noche fué con veinticinco zapadores de ingenieros á colocarse al descubierto sobre la contraescarpa y á derribar una cresta á azadonazos. Al primer choque del hierro contra la piedra, el enemigo, que tenía escuchas, hizo llover una granizada de balas sobre la bizarra gente que se sacrificaba á la disciplina militar de tal modo. Poco después, de los veinticinco zapadores diez y seis quedaron muertos ó heridos, y los demás fueron dispersados. Sólo volvió el capitán Guillet justamente orgulloso de haber probado con peligro de su existencia cuánta razón tenía su arma en esta disputa.

Acto continuo rompió el fuego la batería de brecha, y la demostración fué completa. A pesar del aserto del arma de artillería, los cañones alcanzaban suficientemente abajo para demoler el muro, y muy en breve se vieron rodar sus escombros al foso. No obstante el terrible fuego de la plaza, rivalizando los oficiales de artillería en bravura con los de ingenieros, continuaron su obra de demolición, y el día 10 declaróse practicable la brecha. El mariscal Soult, que acababa de recibir de Andalucía y de Portugal noticias todavía más alarmantes, no quiso perder momento, é hizo intimar la rendi-

ción al gobernador que había sucedido al valiente Menacho, muerto durante el sitio. Este gobernador conocía el peligro de la resistencia, pero trataba de alargar las pláticas ó parlamentos, por tener informes de que el ejército británico se aproximaba. No pensando el mariscal Soult en dejarse atraer á engaño, ordenó para las cuatro de la tarde el asalto. Con este fin se prepararon en las trincheras las columnas de ataque, y prontas estaban á lanzarse á la brecha, cuando se vió flotar una bandera blanca en señal de la rendición de la plaza.

No lisonjeándose los españoles de resistir á la intrepidez de nuestros soldados, habían consentido en rendirse, sin embargo de contar con prontos socorros. Nuestras tropas entraron en Badajoz al día siguiente 11 de marzo con los dos mariscales Soult y Mortier á su cabeza. Se hicieron siete mil ochocientos prisioneros, y se encontraron en los almacenes mucha artillería y mucha pólvora y dos trenes de puente, hallazgo que fuera muy precioso para el ejército algunos días antes. Esta conquista había costado cuarenta y dos días de trinchera abierta, tiempo muy largo si se compara al de la duración de los sitios de Ciudad Rodrigo, de Lérida, de Tortosa y aun á la del de Tarragona que poco después se llevó á remate.

Apenas el mariscal Soult dedicó dos días al cuidado de disponer que se reparara, armara y avituallara á Badajoz, para hacer frente á los ingleses, pensó en trasladarse á Cádiz, zozobroso como estaba sobre lo que acontecía hacia aquel punto. El mariscal Mortier dejó cerca de siete mil quinientos hombres de infantería, seiscientos de caballería, algunos centenares de artillería y de ingenieros, no ascendiendo en totalidad á más de nueve mil soldados, con el encargo de poner á Badajoz en completo estado de defensa y de guardar la frontera de Extremadura hasta donde le fuera posible, metiéndose en las plazas españolas y portuguesas que acababan de ser conquistadas, si no tenía otro recurso. Entrado el mariscal Soult en Badajoz el 11, salió el 13 para Sevilla con unos siete mil hombres, á fin de ir en ayuda del mariscal Víctor que, según rumores, había tenido que sostener un encuentro de los más rudos contra los ingleses. Véase con efecto lo que en las cercanías de Cádiz había acontecido.

Temerosos siempre los ingleses de la concentración de nuestras fuerzas sobre el Tajo, resolvieron moverse de tal modo entre Murcia, Granada, Gibraltar y Cádiz que, retenidos en Andalucía los franceses, no se atrevieran á abandonarla, aun después de que Badajoz cayera en sus manos. Sobre estar el plan muy bien concebido, les facilitaron singularmente su ejecución multiplicadas faltas nuestras. Después de prepararlo todo Murat en Nápoles para un desembarco en Sicilia, no hallándose con medios bastantes, aplazó la operación proyectada, lo cual se concibe perfectamente; pero en vez de mantener su ejército siempre unido cerca del estrecho de Mesina, cometió el yerro de dispersarle y de volver á Nápoles en persona, anunciando el abandono del proyecto de desembarco, yerro que Napoleón había censurado severamente y que dejó á los ingleses en libertad de destacar cuatro ó cinco mil hombres de sus mejores tropas y de enviarlas á Gibraltar. Estas tropas, unidas á otras que ya estaban en igual punto y á parte de la guarnición de Cádiz, mostráronse en el campo de San

Roque en número de ocho ó nueve mil ingleses y como de doce mil españoles, que componían así un ejército de cerca de veinte mil soldados. No fuera tanto el peligro si en esta reunión de fuerzas se contaran únicamente españoles, tan poco temibles en campo raso como valerosos en la defensa de las plazas; pero la presencia de ocho ó nueve mil ingleses hacía el nuevo ejército imponente, y se necesitaba nada menos que la incorporación del general Sebastiani al mariscal Víctor para hacerle cara. Desgraciadamente, á tenor del plan de los anglo-españoles, apareció el general Blake muy inquieto por la parte de Murcia y atrajo al general Sebastiani, quien se dirigió allí dejándose coger en el lazo y no envió más que una débil columna de algunos centenares de hombres á Tarifa y otra de mil doscientos á mil quinientos á Ronda. Aisladas y privadas de dirección estas columnas no podían prestar al mariscal Víctor ningún socorro.

El ejército anglo-español, salido de Gibraltar, debía fingir una marcha hacia Medina Sidonia, como si tratara de penetrar en lo interior de Andalucía y de revolver después sobre la isla de León de repente, cayendo contra el mariscal Víctor por la espalda, mientras la guarnición, que había quedado en Cádiz, le atacara de frente y procurara apoderarse de todos los pequeños campamentos que formaban la línea de acometida. Además la flota debía intentar al propio tiempo desembarcos en la rada para tomar los reductos levantados por el mariscal Víctor á lo largo del mar.

Este plan fué seguido perfectamente, y á no ser por la energía del mariscal Víctor nos pudiera traer muy infaustas resultas. Obligado á guardar sus principales reductos, á escalar algunas tropas entre Cádiz y Sevilla, debilitado por las enfermedades estivales, no tenía disponibles el mariscal Víctor más que ocho mil hombres. Dejando la menos gente posible en los diversos puestos de la línea de acometida, dirigió dos mil quinientos hombres de la división de Villatte hacia Sancti Petri, para repeler en la isla de León á la guarnición de Cádiz, que mostraba traza de lanzarse á una salida, y con cinco mil hombres de las divisiones de Leval y de Ruffin que le quedaban y con quinientos caballos marchó por su izquierda en dirección de Gibraltar al encuentro del ejército contrario sin saber cuál era su fuerza.

Durante este tiempo, los anglo-españoles, después de hacer una demostración hacia Caja Vieja, camino de Medina Sidonia, revolvieron sobre la orilla del mar y se encaminaron por Conil y la Torre de Barroso hacia Sancti Petri, donde esperaban darse la mano con la guarnición de la isla de León, para caer de seguida sobre los franceses encerrados en sus líneas. Pero las combinaciones del mariscal Víctor desbarataron todos estos cálculos.

Habiendo sorprendido el general Villatte el 3 de marzo á los españoles que iban á echar un puente sobre la extremidad del canal de Sancti Petri y que ya lo habían pasado, los repelió á la isla de León con pérdida de cien muertos, cien ahogados y cerca de cuatrocientos prisioneros. Acto continuo tomó posición cerca del canal, esperando que apareciera el ejército inglés, á cuyo encuentro había ido el mariscal Víctor. Efectivamente, se supo el 4 que caminaba á orillas del mar, y el 5 se le

vió asomar sobre las arenosas cumbres, teniendo el mar á la espalda, hacia Sancti Petri la izquierda y la derecha hacia la Torre de Barroso. Si á la sazón dispusieran los franceses de fuerzas bastantes, este ejército fuera copado del todo, pues acometido de frente por el mariscal Víctor y arrinconado hacia el mar de resultas, sin más salida que el canal guardado por el general Villatte, viérase reducido á capitular por carecer de todo medio de retirada. Así fueran de suma trascendencia cuatro ó cinco mil hombres del general Sebastiani que aparecieran en tal coyuntura, pues la rendición de Cádiz se pudiera verificar sin tardanza.

No vaciló el mariscal Víctor en tomar la ofensiva con los cinco mil hombres que tenía á sus órdenes el día 5 por la mañana. Dejando á su derecha al general Villatte, que ocupando las orillas del canal atraía á sí parte de las fuerzas enemigas, dirigióse prestamente á las alturas arenosas que ocupaban los anglo-españoles. Por desgracia, nuestra artillería con malos tiros y atolándose en aquellas pantanosas arenas, no pudo prestar todos los servicios que debía esperarse. En cuanto á la infantería, formada en dos columnas á las órdenes del general Leval y Ruffin, atacó impetuosamente las líneas inglesas, después de sufrir mortífero fuego á boca de jarro. Arrolló la primera línea sobre la segunda, mas se detuvo al ver que necesitaba romper otras líneas, porque descuidando los anglo-españoles al general Villatte, se fueron á acumular unos tras otros y presentaban cuatro líneas paralelamente formadas. No había probabilidad de batir con cinco mil á veinte mil hombres, y menos contándose nueve mil ingleses entre ellos. Por otra parte, si el enemigo tuvo cerca de dos mil hombres muertos ó heridos, nosotros tuvimos alrededor de mil doscientos y corríamos gran peligro encarnizándonos en continuar la pelea. De consiguiente el mariscal Víctor tomó posición algo detrás, aguardando al general Villatte, á quien había llamado, y dispuesto, á pesar de todos los peligros, á renovar la lucha, si el ejército desembarcado trataba de abandonar la plaza para penetrar en lo interior de Andalucía.

Dos días permanecieron inmóviles los enemigos sin atreverse á empezar de nuevo el rudo combate que habían tenido que sostener y temerosos además de ser precipitados al mar si el mariscal Víctor recibía socorros. Así acabaron por emprender la retirada, renunciando á hacer levantar el sitio de Cádiz. En este extraño suceso perdimos cinco piezas de artillería atascadas en las arenas y privadas de sus caballos muertos á fusilazos, bien que no se las llevó el enemigo. Dos reductos, guardados cada uno por veinte hombres, nos quitó la escuadra inglesa, mas los recuperamos á los dos días.

Quando el mariscal Soult estuvo de vuelta en Andalucía, hallólo todo reparado, el sitio de Cádiz mantenido, si bien frustrado el más decisivo triunfo, por no haber sabido incorporar el general Sebastiani al mariscal Víctor á tiempo. Así por una serie de faltas, en las cuales tocaba á Massena la menor parte de seguro, aun cuando hubiera predisposición á atribuirle todos los reveses de esta campaña, se debían haber tomado, pero no se tomaron, Lisboa y Cádiz, y lejos de expulsar de la península á los ingleses, dejábaseles dueños de Portugal y en aptitud de disputarnos hasta la Andalucía.

Realmente el mariscal Soult, á pesar de la toma de

Badajoz, á pesar de la energía desplegada en el combate de Barroso, se hallaba en la posición más crítica. Después de los combates que había dado, apenas tenía el mariscal Víctor con qué sostener el bloqueo de Cádiz: el mariscal Mortier, dejado en Badajoz con algunos miles de hombres, estaba reducido á la necesidad de encerrarse allí ó de alejarse; Badajoz, recientemente asediada y probablemente recuperada por los ingleses, si no se enviaba de socorro un ejército capaz de mantener la campaña; por fin, el mariscal Soult no tenía á sus órdenes más que siete ú ocho mil hombres llevados de Extremadura y llegados cerca de Cádiz á tiempo en que no hacían ya falta. ¿De dónde sacaría con qué elevar este débil cuerpo á las proporciones de un ejército para tornar á Extremadura y recoger el destacamento del mariscal Mortier, que debía estar reducido á número escaso después de proveer de guarnición á Badajoz? En el cuarto cuerpo se debieran buscar evidentemente estos refuerzos; mas ¿cómo este cuerpo, obligado á guardar á Granada, á observar á Murcia, á auxiliar á Víctor, hubiera podido además ofrecer al mariscal Soult los elementos de un ejército activo bastante fuerte para salvar á Badajoz?

Devorado de inquietudes el mariscal Soult, apresuróse á escribir al rey José, á quien tan poco había contemplado; al mariscal Massena, á quien tan poco había socorrido, pidiéndoles buenos oficios y socorros. Escribió á París con el fin de que se le restituyeran los batallones en marcha, retenidos por los ejércitos del centro y del Norte, para que se le enviara un refuerzo de quince mil infantes y mil artilleros, para que se mandara, en fin, al ejército de Portugal, al cual no había querido reunirse, que fuera á juntársele en Extremadura.

Tal era, pues, el estado de las cosas en España, después de tantas tropas enviadas al tiempo de la paz de Viena, después de tantas esperanzas concebidas por Napoleón en Schoenbrun mismo, después de año y medio de esfuerzos de todas clases. Massena, que debía lanzar al mar á los ingleses, había retrocedido de las líneas de Torres-Vedras á Castilla la Vieja, con un ejército consumido, desgarrado por la discordia, hambriento, sin zapatos, sin caballos, sin material. El mismo Soult, partido con ochenta mil hombres hacia Andalucía, después de no hallar dificultad alguna en Granada, ni en Córdoba, ni en Sevilla, después de tener catorce ó quince meses para apoderarse de Cádiz, figuraba más bien como sitiado que como sitiador delante de esta plaza, y aunque había tomado á Badajoz, no tenía con qué acudir en socorro de esta conquista, que los ingleses amenazaban arrebatarse.

A Napoleón llevaba el general Foy la mayor parte de estas noticias. Personalmente fué bien acogido porque había sabido agradar, pero muy mal escuchado cuando trató de defender á su general en jefe. Napoleón, que no hubiera debido achacar todos estos errores más que á sí propio, director supremo de los sucesos, se los achacaba sin piedad á su ilustre lugarteniente, á quien debiera consolar en vez de agobiarle como pudiera un vulgo ciego, no juzgando más que por los resultados y no teniendo en cuenta para nada las circunstancias. «¿Por qué (repetía en cada una de estas entrevistas) dar la batalla de Busaco? ¿Por qué marchar sobre Lisboa en vez de hacer alto en Coimbra? ¿Por qué permanecer

tan largo tiempo junto al Tajo sin hacer nada, sin tratar de atraer á los ingleses para batirlos en campo raso? ¿Por qué abandonar el Tajo, cuando el mariscal Soult iba á estar en proporción de marchar sobre Abrantes? ¿Por qué retroceder tan pronto y tan lejos? ¿Por qué no detenerse á lo menos junto al Mondego?..» Ya hemos referido la mayor parte de estos cargos y demostrado su valor. Si Massena dió la batalla de Busaco, fué porque Napoleón no cesó de repetirle que era menester arrojarse sobre los ingleses á la primera coyuntura y *no guardarles ningún respeto*. Si no se detuvo en Coímbra, fué porque Napoleón le intimó que los persiguiera hasta el mar, porque se ignoraba que existiesen las formidables líneas de Torres-Vedras, lo cual hubiera debido saber Napoleón situado en el centro de las noticias de toda Europa, y era muy excusable que se ignorara por Massena en España y pudiendo apenas ilustrarse de lo que sucedía á tres ó cuatro leguas de su campamento. Si se decidió á permanecer junto al Tajo, fué porque esperó recibir allí al general Drouet con quince ó veinte mil hombres y al mariscal Soult con veinte ó veinticinco mil; fué porque esperó con este doble refuerzo pasar el Tajo y atacar á Lisboa por ambas orillas. Si estuvo allí muchos meses, fué porque Napoleón le previno que perseverara allí lo más posible. Si no hizo nada, fué porque entre el Tajo, que no podía cruzar, y las líneas inglesas, que no podía forzar tampoco, no era fácil que hallara que hacer algo útil ó grande; porque atraer fuera de su formidable asilo á un general tan precavido como lord Wéllington, era más fácil de decir en el salón de las Tullerías que de ejecutar delante de Torres-Vedras; porque no tenía Massena cartuchos más que para una batalla, y porque los soldados, valientes como eran y todo, no querían que se prodigase su vida en combates diarios cuyo inutilidad conocían hasta lo sumo. Si Massena se retiró tan pronto (no tanto que no estuviera allí seis meses), fué porque ya no tenía medios de vivir junto al Tajo; porque el socorro de Drouet se había reducido á siete mil hombres, prontos á marcharse todos los días, y el del mariscal Soult á un cañoneo contra Badajoz que se había oído un momento y cesado de oír de seguida. Si el movimiento sobre el Mondego se convirtió en una retirada definitiva á Castilla la Vieja, fué porque los lugartenientes de Massena casi se coligaron para hacerla inevitable.

Sin duda Massena erró en no avalorar bien los medios de pasar el Tajo por la embocadura del Alviela; pero el mismo general Eblé cayó en el engaño, y aun Napoleón se equivocó en Essling sobre los medios de pasar el Danubio. Verdad es también que por no haber distribuido bien Massena sus tropas con cabal fijeza en la retirada, se malograron dos ocasiones de maltratar cruelmente á los ingleses. Estos cargos eran fundados, aun cuando Napoleón ignorara que lo fuesen, por serle desconocidos los hechos; pero ¿qué general, aun el más afamado, no los ha merecido semejantes? Probabilísimo es que Napoleón no se hubiera engañado acerca de las ventajas de la isla situada en la embocadura del Alviela y que pasara el Tajo por este punto: con veinte mil hombres á sus órdenes inmediatas abrumara sin duda á los ingleses en Redinha; pero Massena no era Napoleón, se podía decir con fundamento, y semeja que, al enviarle á Portugal, no entendió enviarse á sí propio; y

en todo caso, ¿por qué no fué en persona, cuando tantos, y Massena el primero, le decían que sólo él era capaz de llevar á buen término la guerra de España? No era, pues, ni justo ni generoso ni político abatir á Massena, y menos cuando la raíz de todo el mal arrancaba de las ilusiones que en París se complacían en forjarse, y que hacían que cuando se contaban setenta mil hombres no hubiera realmente más que cincuenta mil á la entrada en campaña; que los medios de transporte y los víveres de continuo prometidos, de continuo anunciados, se redujeran á la nada; que el general Drouet, enviado como un gran socorro, se convirtiera en un peligro; que el paso del Tajo, recomendado como decisiva maniobra, fuera casi imposible, aun después del prodigio del tren de puente sacado de la nada; que la llegada del mariscal Soult con veinte mil hombres, ordenada para que tuviera lugar en todo enero, se redujese en marzo á siete ú ocho mil que no pasaron de Badajoz y obligados, luego de asomar un instante, á retornar presurosamente á Sevilla.

Sin tomar en cuenta ninguna de estas verdades, mostróse Napoleón aún más severo que la primera vez respecto del mariscal Massena; é intimidado el general Foy, defendióle con menos celo. Después de nuevas y numerosas entrevistas con el general y otros oficiales recién llegados, Napoleón expidió las órdenes siguientes á sus generales con mando en España.

Reconociendo la imposibilidad de hacer que Ney sirviera á las órdenes de Massena, le llamó á su lado, con la previsión de que pronto necesitaría emplear en otra parte su energía y talento, y nombró en su lugar al mariscal Marmont, duque de Ragusa, y así cayó otra vez en la falta de colocar mariscales á las órdenes de mariscales. Verdad es que el mariscal Marmont, antiguo oficial del ejército de Italia, muy deferente hacia Massena, hombre de ingenio, afable, franco, aunque dotado de brillante denuedo, podría ser para el general en jefe del ejército de Portugal un lugarteniente sumiso y en caso de necesidad un útil substituto. Napoleón le ordenó partir á fin de que se ocupara sin demora en rehacer el sexto cuerpo, tarea de que era muy capaz, figurando como entendidísimo en la organización de las tropas. Definitivamente incorporó al general Drouet al ejército de Portugal y previno al mariscal Bessieres que proveyera á este ejército de caballos, víveres y municiones, y le pusiera en suma en disposición de ejecutar el primer designio de Massena, que era bajar por Placencia y Alcántara al Tajo. Ignorando aún si sería posible hacer en Portugal una nueva campaña, consideraba Napoleón al ejército de Massena con los ojos fijos sobre lord Wéllington de continuo, para oponérsele en Castilla, si permanecía junto al Mondego; en Extremadura, si bajaba el Tajo, y para darle batalla á la primera coyuntura, mientras el ejército de Andalucía llevaba á término el sitio de Cádiz. Si en el intervalo podía el general Suchet apoderarse de Tarragona y marchar sobre Valencia y señorearla, tomadas Cádiz y Valencia, gran parte del ejército de Andalucía y todo el ejército de Portugal podrían ir contra Lisboa. Aun habiéndose frustrado el plan de 1810, se habían ocupado todas las plazas de la frontera portuguesa, Ciudad Rodrigo y Almeida al Norte, Badajoz y Olivenza al Mediodía; y si los ingleses intentaban penetrar en España por entre

esta línea de fortalezas hacia Castilla ó Extremadura, reforzado y avituallado Massena debía presentarles batalla, era muy capaz de ganarla y podía mudar en un día el semblante de las cosas, pues una sola derrota ponía en extremado peligro á los ingleses. Así, aun mostrándose injusto Napoleón respecto de este mariscal ilustre, sabía muy bien que era el único á quien se pudiera encomendar una gran operación de guerra, sobre todo desde que Kléber había muerto y Moreau estaba desterrado.

Pero mientras con inagotable fecundidad de talento y por desgracia también con igual copia de ilusiones, recomponía Napoleón todos sus planes, previó, aun antes de que le llegaran correos de Andalucía, los apuros en que el mariscal Soult iba á hallarse. Con efecto, no era probable que el ejército del mariscal Massena pudiera antes de un mes trasladarse al Tajo, y en el ínterin todo hacía presagiar que los ingleses se encaminarían en masa á Extremadura para recuperar á Badajoz, ó al menos enviarían hacia este punto un grueso destacamento, al cual el mariscal Soult se hallaría en la imposibilidad de oponer la resistencia.

Así Napoleón, mandando esta vez con un vigor que no acreditaba ya casi cuando se trataba de España, tan aburrido estaba de ella y tanto temía expedir á tal distancia órdenes absolutas, previno al ejército del Norte y al ejército del centro que despacharan al punto socorros hacia Andalucía. Al general Belliard, que á los órdenes de José dirigía los movimientos del ejército del centro, le mandó que restituyese al mariscal Soult todos los destacamentos de su pertenencia; igualmente ordenó al mariscal Bessieres, jefe del ejército del Norte, que hiciera partir todos los batallones correspondientes al cuarto, primero y quinto cuerpo, los cuales, según se sabe, componían el ejército de Andalucía. Ya había encaminado á Castilla una división de reserva formada de los batallones en marcha y destinados á completar los ejércitos de Andalucía y Portugal: no retenerla recomendó á Bessieres, haciéndole notar que podía debilitarse sin peligro, pues estaba cubierto hacia Castilla la Vieja por el retorno del ejército de Massena á esta provincia. Al mayor general Berthier prescribió que redactara estas órdenes en la forma más absoluta, añadiendo que los jefes militares encargados de ejecutarlas, serían declarados en estado de grave desobediencia y castigados como tales, si no las ejecutaban de la manera más inmediata y completa. Calculaba que estas providencias proporcionarían al mariscal Soult un pronto socorro de doce á quince mil hombres, lo cual le permitiría reparar las pérdidas sufridas por el primer cuerpo, reforzar también el quinto, oponer alguna resistencia á los ingleses en la frontera de Extremadura y aguardar á que Massena pudiera marchar contra lord Wéllington, si éste había dejado el Norte de Portugal por el Mediodía.

Estas órdenes despachadas á fines de marzo no se podían ejecutar del todo hasta fines del mes siguiente ó á principios de mayo, y era de temer que antes de esta época sobrevinieran graves sucesos en la frontera de Castilla la Vieja ó en la Extremadura. Efectivamente lord Wéllington, después de superar grandes dificultades, ora con el gobierno portugués, ora con el gobierno británico, mientras estuvo arriado á las líneas de Torres-Vedras, se hallaba en posición muy diferente desde

la retirada de Massena. Obligados se habían visto ingleses y portugueses á reconocer que él solo tuvo razón contra todos, que él solo comprendió la clase de guerra que convenía oponer á los franceses en España, y que en las líneas de Torres-Vedras creó el único obstáculo ante el cual la fortuna de Napoleón pudiera verse estreñida á pararse. Su papel, ya de mucha monta, agrandóse de repente á los ojos de sus auxiliares y de sus compatriotas. Mientras Massena que bajo todos aspectos fué digno adversario suyo, no encontraba más que injusticia, censura, enojo, lord Wéllington, muy contrariado un momento en sus planes, alcanzaba la justicia que impone el triunfo, que á veces hacen aguardar los países libres, pero que otorgan tarde ó temprano, porque la contradicción les ilustra, al par que muy frecuentemente irrita en vez de ilustrar á los soberanos acostumbrados á gozar de una autoridad absoluta. Aun cuando lord Wéllington no hubiera conseguido ninguna victoria decisiva, aunque no hubiera sacado otra ventaja que la de impulsar á los franceses á alejarse de sus líneas, vió á la oposición toda entera por órgano de lord Grey, rendir homenaje á sus combinaciones, y declarar que había desmentido todas las zozobras, superado todas las esperanzas y cambiado completamente el semblante de las cosas con su tesón en mantenerse en las líneas de Torres-Vedras. A partir desde este momento la situación de los dos partidos de la guerra y de la paz vino á ser en el parlamento británico muy otra, y en vez de hallarse casi equilibrado de fuerzas, tomó el de la guerra un irresistible ascendente y conquistó el poder del todo. Sin duda los sufrimientos mercantiles todavía eran grandes, los apuros rentísticos siempre embarazosos; pero la ansiedad que tenía á los ánimos en continua alarma se había desvanecido, y no se recelaba ya ver el ejército inglés lanzado al mar ó destruido. El príncipe de Gales, que deseaba nombrar otro ministerio, aguardando sólo á que se declarara duradera la enfermedad de su padre, no pensó ya en tal cosa, aun habiendo dado los médicos por incurable la enfermedad de Jorge III. Acostumbrado poco á poco á los ministros á quienes al principio no estimaba, dispensado de miramientos respecto de la oposición, que no se le guardaba tampoco, confirmado en su inclinación á mantener el presente estado de cosas por el triunfo del partido de la guerra, no pensaba ya más que en sostener á Mr. de Perceval y sus colegas, ni más ni menos que lo hubiera podido hacer Jorge III. Habíase disipado la eventualidad excelente que á Napoleón se había presentado, y lord Wéllington colmado de homenajes veía caer todos los obstáculos que delante de él habían cerrado por un momento el camino de la fortuna. Con su ejército principal había seguido al mariscal Massena los pasos hasta la frontera de Castilla la Vieja, y con las tropas del general Hill había enviado al mariscal Beresford á hacer frente al ejército de Andalucía. Ínterin el grueso de sus fuerzas permaneciera á la vista de las plazas de Almeida y de Ciudad Rodrigo, se proponía ir con el resto á reconquistar á Badajoz y á volver las cosas á su antiguo estado en Extremadura. Los socorros recibidos de Sicilia y de Inglaterra consentíanle atender á esta doble tarea sin peligro, á lo menos por algún tiempo. Tanto la extremada penuria de Castilla la Vieja, como la necesidad en que para vivir se había hallado